

EL MARTILLO

PERIODICO INDEPENDIENTE

Organo de la Asociación del Gremio de Toneleros

No se responde de los originales firmados

La correspondencia al Director
ESCUELAS, 12

Se reparte gratis a los Asociados.
SE PUBLICA LOS VIERNES

Instrucción obrera.

La instrucción es uno de los problemas que más directamente afectan el porvenir del proletariado, pues constituye un medio esencial para desenvolverse libremente y prepararse para el logro de sus aspiraciones.

Precisamente por estar convencidos de esta verdad y por tener verdadero interés en perpetuar la ignorancia de la clase asalariada, todos los gobiernos tienen en abandono la educación de la clase productora.

Este interés de la burguesía en que el obrero continúe sumido en la más negra ignorancia, debería constituir un poderoso acicate para que redoble más nuestros esfuerzos, con objeto de acabar con ella.

Debemos tener primordial interés en educar a nuestros hijos en sentido racionalista, no llenando su tierno cerebro con cuentos e historias inverosímiles, prescindiendo de milagros y otros HECHOS tan auténticos como el «diluvio universal», el «paso del ejército por el mar rojo», la «multiplicación de los panes y los peces» y un sin fin de novelas, dichas y repetidas en forma y a propósito para que los pequeños las acepten como artículo de fe, costándoles después inmenso trabajo, a la edad de la razón, para desvanecerlas, con-

siguiendo pocas veces borrar completamente sus huellas.

Otro tanto sucede con la enseñanza patriótica, dada en forma descriptiva de batallas y acciones de guerra, de un pueblo en contra de otro y que siempre resultan para el niño un perjuicio para el libre desarrollo de su capacidad infantil.

Importa fijarse asimismo en lo pernicioso que resulta en la mayor parte de los casos dejar a la mujer el cuidado de educar a los pequeños. «El hijo será—dice Napoleón I,—lo que quieran sus madres». Y si a éstas les ha negado la sociedad toda educación, toda cultura, abandonándolas en su ignorancia, ¿qué pueden enseñar a sus hijos, aun suponiéndolas dotadas de la mejor voluntad y exentas de los prejuicios de religión y de otros géneros de los que adolecen en general?

Por esta razón, es de suma urgencia el establecimiento de escuelas que cumplan su misión educadora; que preparen el niño de hoy para ser hombre mañana; que le acostumbren a pesar, a discernir por su cuenta; a ser, en una palabra, un elemento útil a la sociedad en general y en particular a la clase a que pertenece.

Doloroso es reconocer, no obstante, que el llamado elemento liberal y progresivo, a pesar de cuanto ha venido hablando de instrucción, de educación y de

cultura, apenas si de hecho se ha preocupado de un modo eficaz, de establecer escuelas que garanticen una enseñanza sólida, de conformidad con las exigencias de los tiempos modernos.

E. T.

Necesidad de la organización

A "TANO"

Lector de *El Justiciero* y colaborador, por amabilidad de su director en insertar algunos que otros trabajos, honrando mucho a este obrero del músculo, hoy le dedico a usted estas líneas para darle a conocer algo de anómalo que existe en nuestro régimen de vida del trabajo, corroborando en parte las «deficientes relaciones» de que Vd. habla y por el cual no es de extrañar el que haya socialismo, ideal este noble y de redención y emancipación proletaria, sino el que haya hasta *terroristas* que maldigan y quieran la destrucción de la humanidad.

Yo no le conozco a Vd.; pero admirador suyo de cuanto escribe, como tiene que serlo toda persona desligada de todo prejuicio social, yo veo en vuestros trabajos de acción social una labor digna, de mérito, que llevada a la práctica por los que pueden y dicen ser los directores de la cosa pública, no lamentaríamos tantas miserias como se tocan, lo mismo en el orden moral

que en el material y por donde ciertas clases sociales no tendrían que temer por su tranquilidad, según dicen.

Yo, señor *Tano*, pongo por título a este trabajo «Necesidad de la organización» porque sin ésta hallo siempre un gran desbarajuste en la vida de los obreros, tanto por el lado económico como por el de instrucción y educación que debe tener el elemento trabajador, y una prueba de ello la da el que a pesar de cuantas leyes sociales existen no se cumplen por falta de dicha organización, como se llevan a cabo acuerdos de ésta sin necesidad de leyes cuando la organización en los trabajadores es un hecho.

Se lamentaba Vd. en una de sus crónicas, tocando a la despoblación, que los motivos de una emigración tan grande, como la que viene sufriendo España, «hay que buscarlos en las deficientes condiciones de orden económico y social en que nuestra producción se desenvuelve; en las anormales y deficientes relaciones entre el capital y el trabajo, y en infinidad de causas morales y defectos de organización de nuestra sociedad, en donde triunfan la usura y el caciquismo, haciendo presa en la miseria y en la ignorancia».

Lleva Vd. en esto mucha razón al señalar estos motivos; pero cuando hay obreros que tratan por medio de la organización remediar los males que usted apunta y a estos obreros se les cierran las puertas de los talleres nada más que por el hecho de que discurren; cuando estos obreros ven anomalías en los trabajos como son las de ocupar los mismos brazos en las deshoras de la jornada convenida, hacer velas, no parar los domingos, prestarse los trabajadores de unas casas a otras, dejar las faenas paradas semanas y semanas para aguardar a obreros que las hagan en domingos, conociendo estos obreros y dueños que hay personal del oficio parado que puedan ocuparlo; cuando todo esto se ve y se toca, crea us-

ted, señor *Tano*, que estas anomalías no son defectos de organización de nuestra sociedad, sino de organización obrera que es la que da conciencia tanto ciudadana como societaria y por las cuales no lloraríamos que mientras unos obreros viven la vida del salario con relativa abundancia, sin cuidarse de nada que afecte a su estado de pobreza mental y económica del país, otros vivan en la desesperación por no hallar ocupación a sus brazos debido al egoísmo de seres inconscientes que no conociendo de economía animal nada, se prestan a un permanente trabajo excesivo sólo por sacar un jornal que no le haga inferior al que se da al obrero conocido por «oficial».

La despoblación en España puede obedecer a lo que usted indica; pero no echemos en olvido lo que dejo dicho respecto a la falta de organización obrera que hace regular todo abuso, todo egoísmo individual, haciendo la vida del trabajo más cómoda y normal en beneficio del capital y el trabajo.

Y cortando aquí este artículo en otro le pondré un ejemplo de organización societaria, señalando a un gremio de nuestra localidad que prueba cuanto digo.

A. RENATO.

Puerto.

Nota.—El precedente trabajo fué entregado para su publicación en *El Justiciero*, con fecha 12 de Marzo, como colaboración obrera, y dado el silencio del batallador colega lo insertamos en nuestro semanario por creer que no pierde actualidad.

A. R.

Plagas sociales

Muchas son las plagas que incesantemente pesan sobre la raza humana, para que ésta pueda aproximarse al relativo bienestar, a que obedeciendo a una poderosa ley de la Naturaleza, tiene necesariamente que llegar.

A nuestro entender, figura a la cabeza de todas el egoísmo: esa pasión desenfrenada, esa codicia insaciable que se apodera y reina en la humana criatura, hacia el acaparamiento desmedido de la riqueza, esa pasión mezquina, que emponzoñando su alma, concluye por entorpecer las funciones orgánicas de sus sentidos, embruteciéndolos hasta el punto de convertirles en un animal, cuyos instintos feroces aventajan en mucho al tigre o la pantera que guiados exclusivamente por el deseo insaciable de su apetito, les importa bien poco mueran en sus ensangrentadas garras multitud de inocentes corderos.

¡Oh! Si fuéramos a pintar con vivos colores todos los desastres, todos los males, todos los crímenes y horrores que del egoísmo nacen, preciso sería llenar muchas páginas y sin embargo no acabaríamos nunca.

El egoísmo es el inmoderado y excesivo amor al bien propio, sin atender al de los demás.

Por desgracia para todos, esto es lo que se practica en la sociedad, y claro está que esto no puede traernos más que la negación completa de la caridad, fuente inagotable de amor, en la que radica toda la suma de bienes y felicidades del género humano, recopiladas en estas palabras: «No quieras para tu prójimo lo que no quieras para tí.»

Como se ve bien a las claras, de estas dos definiciones se deduce: que el egoísmo es un vicio feo, horroroso y criminal, puesto que él nos impulsa a la comisión de los más horrendos crímenes, mientras que la verdadera caridad (porque también la hay mala o falsa) es una tan preciada virtud, que la razón humana no tiene palabras para ensalzar: en ella sola están recopiladas todas las virtudes, todas las bellas cualidades, con la naturaleza, más pródiga, más benigna que sus hijos, ha dotado a todos para llevarnos al verdadero camino a que sin duda alguna estamos destinados.

Con los infinitos sistemas ensayados hasta el día, no saldremos nunca del estado de prostración en que nos encontramos como obreros y si todo lo esperamos de la resolución de los demás, bien podemos echarnos a dormir el sueño de los justos.

Nuestra obra, obra nuestra debe ser y no de los otros, puesto que una dolorosa experiencia nos demuestra que no es el vecino el que ha de remediar los males y necesidades de nuestras casas; por lo tanto aprestémonos nosotros a remediarlas.

No debemos nunca usar de la violencia porque a nadie es lícito usar de medios reprobados, pero sí del derecho, y si el derecho no nos ampara, suya será la culpa, no de nosotros.

La sociedad, no puede, no debe vivir así; y ya es tiempo de que todos pensemos en remediar los infinitos males que le agobian; pues de no ser esto, siempre llevaremos una vida agitada, y llena de sinsabores y amarguras.

Todo esto se puede remediar, con menos egoísmo, y con una poca de más caridad.

UN COMPAÑERO.

Algunos efectos del alcohol

Estimulante fugaz.—El efecto que produce en las facultades superiores.—Estudio del alcoholismo.—El más aterrador de sus efectos.—Esfuerzos para combatirlo.

El alcohol es un estimulante; aumenta la producción de trabajo, pero no compensa el desgaste de materia que ocasiona. No es nutritivo; sólo es un estimulante fugaz que acelera el agotamiento final. Se apodera del oxígeno de la sangre, que es la fuente de la vida. Produce calor en el estómago; hace afluir la sangre a la piel, pero no calienta. Su efecto es contraproducente: es causa de agotamiento, y dificulta y vicia la nutrición.

El alcohol bebido en gran cantidad causa la embriaguez, triste y repugnante exteriorización del alcoholismo que, ofuscando las facultades superiores, reduce al hombre a un sér impulsivo, envilecido, irresponsable y propenso a todo lo malo. La historia de la crimino-

logía contiene infinitos ejemplos de crímenes cometidos por alcoholistas. La embriaguez es el camino de la cárcel, del hospital y del cementerio. La debilidad y el enfriamiento que produce, ocasiona pulmonías graves y otras enfermedades no menos serias. La degradación que produce el alcohol en el organismo se transmite por herencia, siendo los hijos de beodos incapaces, de mal carácter, débiles, depravados y, con frecuencia, idiotas, vagos y criminales.

El alcoholismo crónico fué estudiado metódicamente por Magnus Hus en 1859. El estado mórbido producido por el uso cotidiano del alcohol, son tan graves y variadas sus consecuencias que no hay mal en que no intervenga, agravándolo. Ataca desde las facultades más recónditas del organismo. No se detiene en el individuo, sino que se transmite a sus hijos. Las víctimas del alcoholismo existen en todas partes y en todas las esferas sociales. El alcohol destruye la familia y el hogar.

En el estómago, el alcohol mezclado con los alimentos, produce al principio exceso de jugos, acabando por inflamarlo. La digestión se hace mal; sobreviene la pérdida del apetito y se siente la necesidad de beber más.

De mañana, la boca se encuentra pastosa; se sienten náuseas acompañadas de vómitos característicos, espumosos, transparentes o verdosos, y para reponerse se suele recurrir a bebidas más fuertes. Con un estómago así, no es posible gozar de buena salud. Por desgracia no es este el más grave de los accidentes que produce el alcohol.

Del estómago, el alcohol va al hígado y lo destruye. Impide la segregación de la bilis que arroja en los intestinos los residuos que deben ser eliminados del cuerpo. El desgaste del hígado se produce antes que el de otro órgano cualquiera. Después de dos o tres años, o antes si algún accidente ocurre, la vida habrá terminado. Al salir del hígado, el alcohol va a la sangre, que lo conduce al cerebro, donde es retenido en gran parte. Teniendo en cuenta que el cerebro es el órgano más sensible al alcohol, se comprende la gravedad de sus efectos. El sueño del alcoholista es perturbado por pesadillas intensas; la inteligencia se embota; las cualidades nobles desaparecen. La voluntad decae y sus actos se reducen a impulsiones desenfrenadas. La dignidad y la responsabilidad han perdido todo su valor. Poco a poco las pesadillas se convierten en aluci-

naciones y visiones que le aterrizan despierto, y llega el delirio alcohólico, y su extremo trágico: el *delirium tremens*, y la locura.

En otros casos el alcohol ataca todas las partes del cuerpo a la vez y produce la parálisis, principalmente en las piernas. Hay casos en que las enfermedades nerviosas, ocasionadas por el alcoholismo, producen la ceguera.

El alcohol disminuye la resistencia a los efectos de la fatiga, del clima y del hambre; pero el más aterrador de sus efectos es el de la herencia. Los hijos del alcoholista son, en su mayoría, epilépticos, idiotas e impulsivos. Muchos tienen, tarde o temprano, el vicio del alcohol, practicándolo bajo las formas más diversas. Son caprichosos y faltos de energía.

Los estragos del alcohol son de tal magnitud, que las autoridades de todos los países empiezan a preocuparse seriamente en combatir este flagelo, y en esta lucha participan numerosas ligas y asociaciones fundadas con el fin de inculcar en el pueblo el horror al alcohol, *el veneno que degenera a la especie humana y la arrastra a la locura y al crimen.*

EL MONSTRUO

Fué hijo de la casualidad, arrojado como cosa inútil y recogido por caridad. Durante muchos años vivió sujeto a la estrecha disciplina del asilo. La tristeza de su infancia perduró siempre en su memoria: durante ella no llegó a comprender que la sociedad había reemplazado a su madre con una cruel madrastra. Todos sus compañeros sufrían la misma suerte; una vida igual, uniforme, monótona, iba matando sus iniciativas y convirtiéndole en una máquina, que se movía a impulso de la costumbre. Nunca una mirada de cariño, jamás una caricia; la disciplina de aquella casa era el plantel de una generación dócil, sumisa y obediente.

Nunca pudo ver un niño acariciado por su madre, sin sentir la puñalada de su pasado; aquellos días, aquellos años sombríos, durante los cuales ninguna mano amiga habíase tendido a él; aquellas noches infantiles en las que jamás habíase dormido suavemente mecido por su madre. Y cuando huyó de aquella casa, parecióle que había dejado de oprimirle una enorme losa, aspirando con ansia el aire de la libertad, deseando con

-viva alegría vivir, amar y ser amado.

Trabajó de varias cosas; como no tenía oficio, su robusta juventud fué espléndidamente explotada. Bajó al fondo de las minas, subió a los andamios y contribuyó a edificar soberbios palacios; trabajó con ahinco y la miseria le acompañaba a todas partes. El amor le volvió la espalda y en medio de la multitud se sintió tan solo y triste como en su infancia; era inútil que sintiera impulsos de amor hacia sus semejantes: éstos lo explotaban sin piedad o se burlaban de él. Poco a poco fué convirtiéndose en un sér extraño; pensó que de la vida había huido el amor, la justicia y la equidad y sintió un loco amor hacia los hombres que, víctimas de sus mismas faltas, vivían una vida tan absurda, y un odio frenético por aquellas bárbaras costumbres, que impedían el desarrollo de los individuos todos y con las energías propias de quien cree hacer una cosa noble y digna, se dedicó a mejorar la condición de sus contemporáneos.

Con qué pasión defendió la causa de los desheredados, no es posible decirlo: sólo el que haya sentido alguna vez latir su corazón a impulsos del sentimiento, ante las miserias humanas, comprenderá que él, ávido de cariño, puso en el amor a la Humanidad todas sus ansias de amor, nunca satisfecho. En sus horas de soledad veía desfilar ante sí el trabajo abrumador de la fábrica. Los hombres extenuados formaban legión y eran reemplazados, cuando ya no servían para producir, por jóvenes robustos, que con la mayor indiferencia, sacrificaban a su vez su vida a cambio de la miseria más espantosa.

Las mujeres, con la mayor indiferencia, perdían la salud en aquellos presidios o se prostituían miserablemente y los niños, unos eran, como él, lanzados por carga inútil o afrentosa; otros crecían faltos de pan e instrucción, aptos tan sólo para perpetuar la injusticia.

Desesperado, protestó a gritos de lo que él creía una iniquidad; trató de derramar amor y rebeldía y recogió persecuciones y martirios; las espinas destrozaron su cuerpo y los hombres se ensañaron contra él. No hubo afrenta que no sufriera ni injusticia de que no protestara, hasta que un día al ver atropellados inicuamente los derechos de los hombres, escarnecidas las mujeres y pisoteados los niños, armó su brazo y sembró la muerte.

Sus contemporáneos, no sé si con

razón o sin ella, lo calificaron de monstruo.

ANTONIA MAYMÓN.

BUENA RESPUESTA

I
—¿Cómo va ese valor, P. Bocaza?

—Muy mal, doña Blanca: esta pierna izquierda no me deja moverme. ¡El dichoso reuma!

—Ya se pasará.

—Sí, pero ya llevo tres días sin celebrar y sin poder ir a la iglesia: he perdido tres asistencias a la novena, dos entierros de segunda y las misas.

—Vamos, no se apure: aquí tiene tres duritos para que me aplique tres misas cuando salga de casa. Y otra buena noticia me ha dado esta mañana la viuda de Conejo: que ya le mandará algunas cosillas de comer.

—¡Dios se lo pague! Si no fuera por almas como esas, ¡qué sería de los pobres curas viejos!

—Dios no abandona nunca: aprieta, pero no ahoga... Ya lo sabe usted.

—¡Siempre sea bendito!

II

—¡Maldita beata! Creí que no se marchaba nunca. Anda, Eleuteria, pon la mesa, que nos vamos a poner como el chico del esquilador.

—Yo estaba temblando nos oliera el tufillo del capón asado, y eso que cerré bien la puerta de la cocina.

—Es una ruina que ni ve, ni oye, ni huele; pero de cuando en cuando suelta algún durillo.

—Yo le he dicho, al despedirla, que hacía cuatro días que no entraba la carne en casa.

—¿Has puesto a refrescar el champaña?

—Está como un carámbano.

—Pues, nada, sirve la comida: el café ya sabes que me gusta bien cargado.

Y acompañado de una buena copa de Benedictino.

—Anda, picarilla, que también a tí te gusta empinar de lo fino.

—¡Ay, Eleuteria! ¿Qué sería de nosotros si la iglesia no hubiera inventado el purgatorio?...

—Métale usted mano a ese salmón con salsa a la mayonesa, y déjese ahora de teologías.

III

—¿Han llamado?

—Sí, y con qué prisa!

—Anda, quita todo esto: guarda los dulces, esconde las tazas y las copas... Gracias que ya habíamos acabado... Será la viuda de Conejo.

—Voy a ver...

—¿Quién es?

—El gandul ese del sotabanco, con la mujer con la tripa a la boca, y los cuatro chiquillos chorreando mugre.

—No podemos negarles que pasen: se lo dirían al tiburón de don Tiburcio y luego todo serían críticas.

—Pasen ustedes.

—¡Buenas tardes, Padre! Usted perdone; llevamos dos días sin probar bocado, y hemos dicho: pues el P. Bocaza, como vecino y sacerdote, quizás nos aliviará en algo; y eso es todo.

—¿Por qué no piden ustedes a Dios?

—¡Ah, señor cura! Los pobres no tenemos tiempo para rezos, y andar por las iglesias; hay que ir en busca del mendrugo.

—Muy bien, pero como la divina sabiduría todo lo tiene rectamente dispuesto, sucede que ustedes no pueden pedir a Dios y yo pido por ustedes; ustedes no pueden comer y yo como por ustedes y así se cumplen los designios de la Providencia.

Los pedigüeños se miran asombrados y salen sin decir palabra.

El ama Eleuteria contemplaba embobada al clérigo y, meneando la cabeza, exclama:

—Cada día estoy más asombrada de su talento... ¡Qué hermosa respuesta!

Fray Gerundio.

CRONICA TRISTE

El Martes de la presente semana dejó de existir nuestro compañero Juan Cazalla López, padre de nuestro compañero Juan Cazalla Villalobos.

El gremio de toneleros se asocia al pesar que embarga a nuestro compañero y demás familia doliente, enviándole desde las columnas de nuestro semanario nuestro más sentido pésame.